

# El templo de El Minuto de Dios: un "lugar" para ser con los demás

Mg. Jader Igerio

Maestría Pensamiento Social Cristiano

Desde sus orígenes el cristianismo se forjó en torno a espacios vinculados a la vida cotidiana: las iglesias domésticas. En las casas se celebraba la fe, se compartía la vida y se tejía comunidad, marcando la relación entre lo sagrado y lo humano en un mismo lugar.



Siglos después el barrio y el templo de El Minuto de Dios retoman este espíritu, buscando integrar fe, espiritualidad, cultura y acción social en un espacio común. Sin embargo, la modernidad ha planteado tensiones que desafían ese espíritu de comunión que ha caracterizado a El Minuto de Dios desde los años en que el Padre García Herreros fue su párroco.

Marc Augé propone la distinción entre "lugares" —espacios de identidad, relación e historia— y "no lugares" —espacios del tránsito, el anonimato y la soledad, característicos de la sobremodernidad.

La casa posee un significado polisémico en la tradición bíblica. En hebreo *bayit* designa tanto la construcción física como el grupo familiar asociado a ella, mientras que en griego *oikos* y *oikia* se refieren a la vez al hogar, la descendencia y la unidad doméstica (Aguirre, 1998). Esta amplitud semántica permitió que, en el cristianismo primitivo, la casa se convirtiera en centro espiritual y comunitario: allí se reunían los creyentes, se compartía el pan y se transmitía la fe.

La casa no era solo espacio físico, sino realidad social, económica y religiosa profundamente integrada. Creo que esa era la intención del P. García Herreros (2015). Volver a construir el Templo representa una búsqueda conjunta, para convertirlo en una casa en la que todos comen de un mismo pan y beben de un mismo vino que alimentan la fe y dan plenitud.

## El templo/casa como lugar teológico

La casa, como realidad social e histórica, ofrece claves para comprender a los primeros grupos cristianos. Su riqueza semántica en hebreo y griego, junto a su dimensión antropológica y social, permitió que la comunidad se definiera y diferenciara mediante metáforas.

Rafael Aguirre (1998) nos dice que esta relación entre práctica y reflexión teológica se expresa en dos sentidos: como *Oikos*/edificio, donde apóstoles y creyentes construyen la comunidad con su fe y comunión; y

como *Oikos*/familia, con Dios como Padre y los cristianos como hijos adoptivos. Así, la vida doméstica inspiró el lenguaje y la autocomprensión paulina de la Iglesia como familia de Dios.

El cristianismo primitivo entendió la casa no solo como edificio, sino como célula social y espiritual.

Las cartas paulinas y el libro de los Hechos destacan cómo familias enteras se bautizaban y abrían sus hogares para la oración y la fraternidad. La casa unía espacio físico y comunidad humana: el altar y la mesa, la oración y el trabajo, el pan eucarístico y el pan cotidiano. La casa se convertía así en lugar teológico, donde la fe no separaba lo divino de lo humano, sino que los entretecía en una misma experiencia. Esta dimensión era muy inclusiva: ricos y pobres, judíos y gentiles, hombres y mujeres compartían la misma mesa, superando barreras sociales y étnicas (Aguirre, 1998).

Las primeras comunidades cristianas unieron tres aspiraciones fundamentales de su época: la participación voluntaria, abierta a todos sin imposiciones; la base doméstica, que ofrecía un espacio cercano para la convivencia y la práctica de la fe; y el ideal de fraternidad universal, atractivo para judíos y para el mundo grecorromano culto. Esta triple dimensión permitió integrar libertad personal, vínculos familiares sólidos y una visión inclusiva de la humanidad. Sociológicamente, el éxito de las comunidades fundadas por San Pablo se explica precisamente por esta combinación, que fortalecía la cohesión interna y al mismo tiempo proyectaba un mensaje universal y transformador (Aguirre, 1998).

Esta realidad podría llevarnos hoy a la reflexión como comunidad cristiana que se reúne en el templo de El Minuto de Dios ¿cómo mantener esa integración entre fe, vida y justicia social? El modelo doméstico, más que una estructura arquitectónica, expresa un modo de ser Iglesia que se encarna en la vida concreta y no en la abstracción institucional, va más allá de los

muros del templo, trasciende su estructura y nos reúne en su forma circular como miembros de una misma familia. De ahí que el templo, lejos de ser solo un lugar de culto, deba ser casa común, punto de encuentro y fuente de transformación social.

## Lugares y no-lugares, desafíos contemporáneos para el templo

Marc Augé (1993) describe la sobremodernidad como productora de "no lugares": aeropuertos, centros comerciales, autopistas y espacios anónimos donde las personas transitan sin tejer identidad ni relaciones. Frente a ellos, los "lugares" son espacios de memoria, encuentro y sentido.

El templo de El Minuto de Dios, en medio de un barrio que se configura como toda una ciudadela de obras sociales que, desde la educación, la industria y los medios de comunicación promueve el desarrollo integral sostenible de las comunidades, es un intento por resistir a la lógica del anonimato, allí la oración se une al desarrollo social, la Eucaristía a la justicia, la fe a la cultura.

Un lugar se define por su identidad, relaciones e historia; cuando carece de estas dimensiones, se convierte en un "no lugar". Como lo plantea Augé (1993) la sobremodernidad, según esta idea, produce no lugares: espacios anónimos, transitorios y funcionales a diferencia de la modernidad anterior que integraba los lugares tradicionales, hoy reducidos a simples "lugares de memoria". Nacer en clínicas, morir en hospitales, habitar aeropuertos, hoteles, supermercados o campos de refugiados ejemplifica esta realidad marcada por lo provisional, la soledad y el tránsito constante. Sin embargo, los no lugares no existen en forma pura: dentro de ellos todavía pueden recomponerse vínculos, memorias e interacciones humanas (Augé, 1993).

Es por eso por lo que la urbanización acelerada, la fragmentación social y la cultura digital plantean nuevos retos a la nueva construcción del templo de El Minuto de Dios. ¿Cómo evitar que el templo y el barrio se conviertan en "no lugares" turísticos o meramente funcionales? ¿Cómo mantener viva la memoria, la identidad y la fraternidad en un mundo que privilegia la velocidad sobre la contemplación y el consumo sobre la comunión?

La respuesta puede estar en redescubrir la dimensión comunitaria de la fe. Es necesario que el Templo de El Minuto de Dios continúe siendo un espacio donde la liturgia convoque a la solidaridad, para entendernos como una *Oikos*/familia en la que, como lo afirmó el P. García Herreros: "nadie se quede sin servir"; donde la arquitectura sea una metáfora de la inclusión, para que todos puedan ser bienvenidos y se sientan acogidos sin distinción de su credo, nacionalidad o preferencias políticas; donde la tecnología no aisle, sino que conecte para la justicia y la paz.

El templo, como la casa primitiva, debe ser lugar de acogida y de envío, de encuentro con Dios y con el prójimo, de memoria y de esperanza. Un lugar en el que la gente tenga la misma experiencia de los dos discípulos de Juan: "Fueron, pues, y vieron dónde vivía, y pasaron con él el resto del día" (Jn 1,39)

## El templo de El Minuto de Dios: un lugar para la comunidad

El templo de El Minuto de Dios, así como lo narra el Padre Rafael García Herreros (2015), lo podemos entender hoy como *Oikos*/edificio y *Oikos*/familia, expresa un lugar en el que la comunidad configura su comunión con acciones sociales transformadoras, ahí nadie se queda en el anonimato, sino que las personas mantienen su identidad a través de la mirada que descubre al otro.

El P. García Herreros soñaba con un lugar donde la fe dialogara con el arte, la educación, el trabajo y la solidaridad. La capilla, "bella, sencilla y pobre" (García Herreros, 2015, p.313) expresa ese ideal de humildad y profundidad espiritual. El altar recuerda que la Eucaristía es comunión y compromiso, no puede haber separación entre el culto y la justicia, entre la mesa divina y la mesa humana. El templo de El Minuto de Dios no es sólo un edificio: es símbolo de una comunidad que ora, trabaja y construye futuro.



El templo de El Minuto de Dios está llamado a ser un verdadero lugar antropológico, donde la identidad colectiva, la memoria compartida y la experiencia religiosa dialogan con la esperanza y la dignidad humana, consolidando un punto de encuentro para la fe y la acción social.

El Minuto de Dios encarna hoy ese concepto de lugar del que habla Augé (1993), un espacio donde convergen identidad, memoria e interacción social. No es una simple parroquia, sino un territorio con alma, forjado por la fe, la solidaridad y la cultura. Las viviendas, el templo, la universidad, el colegio conforman una red viva que une lo divino y lo humano. Allí, la comunidad encuentra sentido de pertenencia y proyecto común, resistiendo la lógica impersonal de la modernidad y ofreciendo un ejemplo concreto de cómo la espiritualidad puede transformar el territorio y la convivencia social.

## Conclusión

Las iglesias domésticas en el Nuevo Testamento, el templo de El Minuto de Dios y la teoría de los lugares y no lugares de Marc Augé revelan una misma intuición: la fe cristiana no puede separarse del espacio ni de la comunidad. La casa primitiva unía altar y hogar; El Minuto de Dios un templo, arte, educación y justicia. La crítica de Augé invita a defender los lugares de identidad y relación frente al anonimato contemporáneo.

El templo de El Minuto de Dios representa un valor esencial para vivir la vida cristiana, ser la base comunitaria de la Iglesia, donde la fe se viva mediante relaciones interpersonales, comunión espiritual, celebración de los sacramentos y participación de todos sus miembros. Para ello, debe garantizar su viabilidad real, pues una Iglesia sólida como institución, pero sin vida comunitaria, contradice el espíritu del Nuevo Testamento. Hay que mantener una interacción constante y una espiritualidad que se ejercite en la liturgia y en el amor, asegurando así unidad, cooperación y una verdadera vivencia de la fe compartida.

Hoy, el desafío es mantener viva esa dimensión social y comunitaria, para que los templos no sean refugios aislados ni monumentos vacíos, sino casas abiertas donde la espiritualidad se traduzca en fraternidad, arte, solidaridad y dignidad para todos. Solo así, frente a la lógica del "no lugar", la Iglesia podrá seguir siendo espacio de encuentro humano y divino, memoria viva de esperanza y hogar para todos aquellos que desean vivir en comunidad, esa experiencia personal que es la fe.

## Referencias Bibliográficas

- Aguirre, R. (1998). Del movimiento de Jesús a la Iglesia cristiana. Ensayo de exégesis sociológica del cristianismo primitivo. Editorial Verbo Divino.
- Augé, M. (1993). Los no lugares: espacios del anonimato (pp. 6-128). Barcelona: Gedisa.
- García Herreros, R. (2015). Pueblito Blanco. Corporación Centro Carismático Minuto de Dios